BIBLIOGRAFIA AMERICANA. Historia antigua del Perú por don Sebastian Lorente, 1 vol. 8.°, Paris i Lima, 1860.—Juicio de esta obra comunicado a la Facultad de Humanidades por el miembro de esta don Diego Barros Arana.

Aquel es el título i este es el nombre del autor de un libro mui interesante que se ha publicado hace pocos meses sobre la historia de los primitivos señores del Perú.

Don Sebastian Lorente es natural de la provincia de Murcia en España. Despues de haber hecho excelentes estudios, fué empleado en la secretaría de uno de los ministerios en Madrid, bajo la rejencia del jeneral Espartero, hasta que derrocado éste por una revolucion, él creyó un deber de consecuencia separarse de su destino. Pasó entónces al Perú, donde se ocupó en la enseñanza de varios ramos, i en especial de la literatura castellana i de la economía política, aplicando a estas ciencias un método filosófico i nuevo en los colejios de Lima, que le valió amargas censuras i muchas contrariedades de parte de algunos de los antiguos doctores de la Universidad de San-Márcos. El señor Lorente trataba de poner término a la dialéctica del sistema escolástico, que en el nuevo como en el viejo mundo tenia muchos sectarios; i queria suplantarla por la aplicacion mas elevada i de resultados mas inmediatos i visibles del método esperimental de los filósofos modernos. Natural era que en el Perú sucediera lo que ha acaecido en todos los pueblos de la tierra al tratarse de tales reformas.

Ademas, ocurrió al filósofo español otro accidente de que solo pueden sustraerse mui pocos estranjeros en las repúblicas americanas. Contrajo compromisos políticos, se vió arrastrado al periodismo i enrolado en uno de los partidos que dividen la nacionalidad peruana. De hacer esto a tomar parte en las revoluciones armadas, no hai mas que una transicion insensible; i el señor Lorente tomó armas en la de 1854, en la secretaría de ejército del jeneral Castilla. Hizo esa larga campaña, atravesando gran parte del territorio del Perú, haciendo las marchas del

soldado i participando de las fatigas del ejército. Estos servicios, que nunca perdonan los partidos a los estranjeros, le han disminuido el aprecio con que debia mirarse en el Perú un hombre de su mérito.

Miéntras tanto, el señor Lorente no seguia esos ejércitos como un aventurero vulgar. Viajaba como viajan los filósofos, observando la naturaleza, examinando detenidamente las ruinas imponentes que revelan el antiguo poderío i la antigua grandeza del Perú, estudiando en los numerosos restos de la raza conquistada los últimos vestijios de la civilizacion que destruyeron los españoles para suplantarla por la cultura europea, i deduciendo como filósofo de estos antecedentes la historia i las instituciones del vasto imperio de los incas.

I no se limitaron a esto solo sus afanes. Compulsó archivos i bibliotecas, estudió en los documentos españoles la impresion que los conquistadores recibieron al encontrarse en presencia de la civilizacion peruana, entónces en todo su vigor, i emprendió nuevos viajes i nuevas esploraciones para llenar ciertos vacíos de sus observaciones. Como verdadero pensador, que no se satisface con una primera ojeada, pasó cerca de diez i seis años consagrando a este estudio todos los momentos que le dejaban libres sus ocupaciones. En vez de darse por contento con los antecedentes recojidos con tanto trabajo, el señor Lorente hizo un viaje a España, a buscar en los archivos i bibliotecas de la madre patria, el complemento de las noticias históricas que buscaba con tanto empeño. Coincidió este viaje con el nombramiento que en su favor hizo el gobierno de secretario de la legacion peruana en Paris, donde debia dar publicidad a sus trabajos con la proteccion oficial del Estado.

En 1860 ha dado a luz el señor Lorente la primera parte de su obra en un volúmen que lleva por título: *Historia antigua del Perú.* De él voi a hablar en este artículo para darlo a conocer, repitiendo con frecuencia sus ideas, i muchas veces sus frases, abreviándolas en cuanto sea posible, con perjuicio talvez de la elegancia de su estilo, i agregando de vez en cuando mis propias observaciones. Mi objeto es solamente llamar la atencion del lector chileno hácia una obra que juzgo de un mérito tan sólido como sobresaliente.

La primera seccion de la obra del señor Lorente está destinada a dar una descripcion jeográfica del Perú. Respira cierto olor clásico, que nos recuerdan las que escribian en pocas líneas los maestrós de la antigüedad, si bien el ensanche que en nuestro siglo han recibido las ciencias naturales, han obligado al historiador peruano a dilatarse mas allá de sus modelos. Hai gracia i enerjía en el decir, observacion superior, i tambien amor por los paises descritos, que se traduce a veces por la confusion entre la poesía i la verdad. En nuestro tiempo, la historia no se contenta con descripciones hermosas en que la fantasía tiene cierta participacion: exije la severidad mas verdadera i escrupulosa hasta en los

mas pequeños detalles, i aun en el empleo de las palabras. Hoi gustamos de las descripciones apacibles que César hacia de las Galias, mucho mas que de la poesía que empleaba Justino para describir la Sicilia. Sin duda el señor Lorente no ignoraba esto mismo, i se ha empeñado en ser verídico ante todo; pero el amor por la segunda patria lo ha hecho mirar su naturaleza por un prisma fascinador que realza la grandiosidad de los fenómenos de aquel suelo prodijioso. La descripcion del territorio embelesa al lector; pero al comenzar la historia de sus primeros habitantes, se descubre la penetracion del verdadero observador.

La presencia del hombre en el Perú data, segun el señor Lorente, de tiempos mui remotos. La estension del cultivo es tal en ciertas rejiones, que solo ha podido llevarse a cabo con el trabajo de muchos siglos. En las islas huaneras, bajo capas mui espesas, i que por lo mismo no han podido formarse sino por depósitos seculares, se hallan cada dia varios útiles con que se estraía el huano. Los conquistadores españoles encontraron muchos monumentos, cuyas durísimas piedras aparecian desgastadas por la accion del tiempo. Los restos humanos que se han encontrado bajo el inmediato suelo del Brasil, revelan que en esta rejion hubo criaturas de nuestra especie sobre terrenos que en el antiguo continente se ha creido hasta ahora habian precedido largos períodos jeolójicos a la existencia del hombre.

En vista de estos i otros antecedentes, surje naturalmente la cuestion de saber de dónde procedian los primitivos habitantes del Perú. De las tradiciones que con tanto celo ha recojido el señor Lorente, de la presencia de los mas antiguos monumentos i del estudio del clima de aquellas rejiones, se presume apénas que las inmediaciones del lago de Titicaca, algunos valles del norte i los inmediatos a Lima, fueron los tres principales centros de poblacion i cultura. Los rasgos físicos, las facultades morales, las creencias relijiosas, el sistema de gobierno, el jénero de vida, la industria, las costumbres, i sobre todo, el lenguaje que sigue las leyes de los idiomas primitivos, revelan la fraternidad de los peruanos con el resto de los hombres. Las balsas que se usaron en el lago de Titicaca, enteramente iguales a las que se ven pintadas en el sepulcro de Ramses, hacen pensar en un oríjen ejipcio. Las ruinas de Tiahuanuco, algo semejantes a las de la América central i con cierto aire de las obras fenicias, suscitan la sospecha de si los atrevidos navegantes que de Tiro se lanzaron a mares desconocidos, llevarian allí como a Copan i Palenque su poblacion, ritos i costumbres, sospecha que corroboran ciertas afinidades fisiolójicas entre los indíjenas de las Canarias i los aimaraes del Perú. La voz *inti*, sol, parece venir del sanskrit *indrh*, resplandecer, así como muchas de sus creencias inclinan a creer que la relijion nacional tuvo su nacimiento en el Indostan. Por ciertos rasgos, la civilizacion de la China parece ser el oríjen de la peruana. La fiso-

nomía i los cuerpos son tan parecidos que, despues de haber llegado estos colonos al Perú, se ha dudado a veces si un individuo era chino o indíjena. El vulgo ha encontrado tan análogo el sonido de ciertas voces, que, segun se cree, los chinos podian entenderse con los habitantes de Eten, pueblo de la costa del norte que ha conservado su antiguo dialecto.

Estos hechos, oríjen de mil conjeturas en que pueden engolfarse los hombres sistemáticos, son quizá una prueba de que el Perú no fué poblado de una sola vez i por una sola nacion, sino que en diferentes épocas llegaron a sus dilatadas rejiones diversas emigraciones de los pueblos orientales. En las antiguas tradiciones figuran hordas que invadieron a las anteriormente establecidas, personajes misteriosos, jigantes a veces, pigmeos otras, que sembraban el terror en sus conquistas, o que eran batidos recien llegados a aquellos paises. Las diferencias de idiomas, algunos de los cuales ofrecian entre sí escasas analojías, la variedad de civilizacion que diferia, no solo por el grado de cultura, sino tambien por las ideas, industria i costumbres, el contraste de caractéres nacionales, i mas que todo, la vária constitucion física de las tribus, revelan la diversidad de su oríjen.

El señor Lorente ha formado la etnografía de esas diferentes tribus, señalando los rasgos principales i característicos de cada una de ellas. Ha visto en la tradicion i en los monumentos una civilizacion anterior en algunos siglos a la monarquía de los incas, i ha señalado con bastante tino los límites de esa cultura i la línea de separacion entre las diferentes familias. Las prácticas comunes del culto, las reuniones i fiestas, las relaciones comerciales, i las repetidas guerras, tan frecuentes cuando la sociedad no está cimentada sobre el derecho, pusieron en contacto a las familias i a las tribus. Los jérmenes de union i de progreso se desarrollaron en ciertos lugares en medio de apacibles camunicaciones; en otras partes entre fuertes sacudimientos i crudas batallas que acercaban a los hombres entre sí, obligándolos a tratarse. Algunas hordas olvidaron las tradiciones primitivas, se estendieron en la inmensidad de los bosques i cayeron en la mas profunda barbarie. Otras, i este fué el mayor número, adquiriendo, bajo aquel cielo benigno, un carácter dócil, bondadoso i altamente dispuesto a desarrollarse con un gobierno regular. Levantáronse grandes poderes, i se jeneralizaron algunas instituciones civiles; pero el antagonismo de aquellos focos de civilizacion impedia que ninguno de ellos irradiase sobre todas las tribus. Las influencias civilizadoras debian cruzarse, flaquear i talvez destruirse.

Mucho ántes que el señor Lorente, a mediados del siglo XVII, un escritor español, Fernando de Montesinos, observó en el Perú los vestijios de una civilizacion anterior a los incas, cuya série cronolójica habian publicado con ciertas diferencias varios escritores i particularmente Diego Fernandez, el jesuita Acosta i Garcilaso. Trató de esplicarse

aquel fenómeno por la existencia de una monarquía que databa de la dispersion de los hombres, despues del diluvio universal, i escribió una larga historia en que pretende probar que el Perú era el Ofir de donde Salomon sacaba los tesoros i riquezas que invirtió en el templo de Jerusalen. Montesinos no se detuvo en simples conjeturas : trazó el camino que seguian las naves para llevar del Perú hasta la Judea los metales preciosos. Un escritor ingles, Ranking, referia en 1827, en un grueso volúmen, la historia de la conquista de América por los mongoles, i manifestaba sus sospechas de que el primer inca fuese hijo del gran kan Kublai. Garcilaso i otros historiadores presentaban el Perú sumido en la mayor barbarie a la época en que se dejó ver el primero de los hijos del sol encargado de rejenerar a aquellos salvajes.

De este caos de opiniones mas o ménos estravagantes, ha deducido el señor Lorente verdades que parecen incuestionables. Ha encontrado los vestijios de diversas civilizaciones, por decirlo así, esparcidas en el vasto territorio del Perú, pueblos diferentes hablando varias lenguas i con costumbres opuestas : ha cotejado escrupulosamente la cronolojía de los incas, i ha asentado que la obra de éstos fué uniformar la civilizacion en su inmenso imperio. Mas filósofo i mas observador que sus predecesores, él ha comprendido que no hai hombre alguno, fuerza posible ni prestijio imajinable que pueda convertir en un imperio civilizado las hordas nómades de millones de salvajes.

Cuando el Perú estaba ocupado por esas diferentes nacionalidades, apareció en el valle del Cuzco un jenio benéfico, que se presentó a sus compatriotas con el carácter de hijo del sol, enviado por su divino padre para dominar a los pueblos con los beneficios de una civilizacion superior. Su mision fué convertir las fuerzas opuestas en elementos armónicos de nacionalidad, i establecer entre sus compatriotas la solidaridad mas admirable en los trabajos i en los goces. Su propaganda fué pacífica: encontró sectarios i discípulos entre sus compatriotas mas inmediatos, predicó doctrinas tan sábias como aceptables para la mayoría, que estaba sumida bajo el despotismo de los curacas o señores provincianos, i echó las bases del imperio que engrandecieron sus sucesores.

Desde entónces la historia comienza a despejarse de fábulas groseras, si bien la crítica moderna no se encuentra satisfecha. El señor Lorente bosqueja concisa pero comprensivamente el reinado de cada uno de los incas, señalando sus rasgos principales sin pensar que ha desvanecido toda duda respecto a los hechos de cada soberano. Manco Capac funda en el Cuzco un pequeño señorío como misionero pacífico del sol. Cinchi Roca, su hijo, a quien los historiadores llaman el primer inca, consolida la obra de aquél, continuando la misma política suave i benéfica. Lloque Yupanqui, de carácter belicoso, cree fortalecido el naciente imperio, i comienza las conquistas por medio de guerras. Su sucesor Maita Ca-

pac ensancha sus límites con conquistas militares i con el prestijio de grandes obras. Capac Yupanqui pasó su reinado en someter a las pueblos conquistados por su padre, que querian sacudir el yugo. Inca Roca, príncipe de conducta viciosa, perdió gran parte de la veneracion de que gozó su raza, i dejó el imperio en gran peligro, porque sus conquistas imprudentes armaron a tribus esforzadas i celosas de su independencia. Yaguar Huaccac, monarca débil i cuitado, puso su dinastía al borde de un abismo. Su hijo Viracocha, jeneral esperimentado, salvó al imperio de sus numerosos enemigos, destituyó a su padre i subió al solio imperial para emprender nuevas i mas importantes conquistas. Pachacutec, como su nombre lo indica, dió nueva forma a la monarquía, mejoró la organizacion política del Perú, i lo ensanchó con importantes conquistas en las provincias del norte. Inca Yupanqui, i Tapac Inca Yupanqui, que algunos consideran dos soberanos distintos, i otros uno solo, encuentran el imperio poderoso, emprenden nuevas conquistas i acrecientan sus dominios con las provincias de Chile i Quito. Huaina Capac, jénio emprendedor, consuma la sumision de este reino, acaba las grandiosas obras comenzadas por sus antepasados, i eleva el imperio a la cumbre de su grandeza. Al morir lo divide entre sus dos hijos, Huascar i Atahualpa, quienes se empeñan en una horrorosa guerra civil para conquistar cada cual el señorío absoluto. La suerte de las armas es favorable al segundo; pero el imperio queda ajitado por la discordia, cansados sus guerreros, i abierto el camino a la conquista estranjera. En ese tiempo, los españoles desembarcaban en Tumbez: se acercaba la ruina de la raza de los incas: los herederos de Manco Capac iban a morir desgraciada u oscuramente.

De tres a cuatro siglos, segun los mejores cómputos, tuvo de vida la monarquía de los incas. Durante este tiempo, se compuso una organizacion social sumamente curiosa, se desarrolló la civilizacion en una vasta estension del territorio, i se formó uno de los mas dilatados imperios de la tierra i el mas poderoso de la América. Vamos a examinarlo, siguiendo el análisis i los estractos casi testuales de la obra del señor Lorente.

La grandeza del imperio de los incas se debió principalmente a un sistema de política tan uniforme, como si durante doce reinados no hubiese gobernado mas que un solo hombre. Nacia esto de que el gobierno realizó el socialismo en la escala mas vasta, de que la individualidad de todos estaba perdida en la vida comun i de que la sociedad marchaba por el solo impulso de las instituciones, aun contra la inconstancia de sus jefes. Los primeros incas hicieron del imperio una sola familia por la solidaridad de sus destinos, i un convento por la regularidad de vida. Ninguno de sus súbditos estuvo espuesto a los sufrimientos de la mendicidad, i ninguno a los peligros de la holgazanería, por todos tuvieron

asegurada su subsistencia, i a todos se prescribió una tarea social. La dulzura de costumbres se jeneralizó con el culto del sol. Los crímenes huyeron faltos de tentacion i ciertos de castigo. Las artes se perfeccionaron con la paz. Obras colosales de interes público se levantaron mediante el trabajo secular de ejércitos de operarios. I miéntras en el interior se hacia sentir la accion previsora del gobierno, se propagaba a lo léjos la civilizacion imperial por la razon i por la fuerza.

La sociedad estaba dividida en tres órdenes principales: inca, nobleza i pueblo. El inca habia rodeado su persona de la pompa necesaria para fascinar al sencillo pueblo. Pesados pendientes de oro alargaban sus orejas hasta los hombros, deformidad que se admiraba como una bella prerogativa de su raza. El rico llauto o diadema que rodeaba su cabeza, adornado de dos plumas de una ave misteriosa, esparcia en torno de su faz una aureola de gloria. Su traje de pieles i telas finísimas, sembradas de oro i pedrerías, i preciosas joyas, daban a su persona un aire de verdadera majestad. La réjia servidumbre se componia de mas de ocho mil hombres. Nadie podia tocar la sagrada persona del inca, nadie osaba alzar los ojos al hablarle, i a nadie se concedia acercársele sino descalzo i llevando una pequeña carga a la espalda en señal de acatamiento. Cuando el inca viajaba, los caminos, limpios de antemano, estaban cubiertos de flores i yerbas olorosas; i al descorrerse el velo que ocultaba al soberano, las estrepitosas aclamaciones de la muchedumbre podian hacer caer aturdidas a las aves del cielo.

El poder del inca guardaba relacion con el fausto de la corte, i el respeto de sus gobernados. Soberano i pontífice, absorbia en su persona la plenitud del Estado, i en su movimiento el movimiento social: el poder i la riqueza, el trabajo i el goce, las relaciones domésticas i hasta el derecho de vivir, todo emanaba de él. En honor de aquellos monarcas debe decirse que su poder estaba apoyado en la ilustracion i en la beneficencia.

La nobleza estaba a su vez dividida en tres rangos diferentes, si bien toda ella prestaba una importante cooperacion al mantenimiento del comunismo, cuyo espíritu parecia contrariar. Sin esa cooperacion, las instituciones, que nada dejaban al acaso, ni a la eleccion, i todo lo sometian a la lei i al cálculo, hubieran sido una simple utopía, un código muerto, porque nadie habria trabajado con celo para hacerlas observar, i la accion de los incas no habria podido dilatarse. Sus privilejios fueron necesarios para tener al pueblo sumido en la abyeccion.

Al pueblo no cabia otra suerte en política que trabajar miéntras pudiera i obedecer cuanto se le mandase. Para que no turbara el órden establecido con aspiraciones mas altas, se le dividió en parcialidades que, reunidas para la marcha de la sociedad i para la defensa del gobierno, estaban tan profundamente separadas que no podian oponer ninguna

resistencia temible. Todo el imperio fué dividido en grupos de diez mil habitantes, cada uno de estos grupos en diez de mil, los de mil en dos de quinientos: éstos en cinco de ciento, los de a ciento en dos de cincuenta, i finalmente, éstos en cinco de diez. Cada uno de éstos tenia un jefe inmediato, que velaba las faenas, disponia los trabajos i daba cuenta a su superior respectivo. Del pueblo salian por privilejio los servidores del palacio o del templo, i por castigo talvez los yanacunas, encargados de servicios humildes.

La constitucion del imperio creaba el socialismo. Los bienes i el trabajo debian ante todo servir a las necesidades del Estado, i se hallaban organizados conforme a su destino social. El único dueño era el soberano, quien dividia la tierra en cuatro porciones, la del sol, la del inca, la de los curacas o señores de parcialidades, i la de la comunidad. En esta última parte, cada matrimonio recibia un topo, o medida que variaba segun los lugares, otro topo por cada hijo, i solo medio por una hija. Simples usufructuarios de la tierra, ellos no podian enajenarla i ni aun legarla a sus herederos, debiendo despues de su muerte volver a la comunidad. Las posesiones asignadas a los curacas, si bien dependientes del inca, constituian por su estension verdaderos señoríos i formaban cierta especie de vinculaciones perpetuadas en los jefes de las familias, no tanto por disposicion de la lei, cuanto por respeto a los antiguos dominadores de las familias. Un reparto análogo se habia hecho de los ganados; pero, en jeneral, los derechos particulares no llegaban hasta poder matar reses; su uso se limitaba a trasquilar las llamas para aprovecharse de la lana. Los animales monteses tambien fueron de uso jeneral; los huanacos, vicuñas, venados i demas se reservaban para las caserías del inca. Las minas pertenecian igualmente al Estado, si bien es verdad que a veces se concedia a los curacas la estraccion de algunos metales i se toleraba que los particulares sacasen oro de los lavaderos. Solo se dejaba a la libre disposicion de todos las yerbas del campo i las riquezas del agua.

El trabajo se hallaba organizado escrupulosamente, no solo como fuente jeneral de la riqueza, sino tambien como un tributo que se pagaba al soberano. El tiempo que la comunidad quedaba libre de sus tareas domésticas, debia emplearlo en trabajar en las posesiones del inca, i fabricar vestuarios para el ejército, i en la construccion de los caminos, acueductos, fortalezas i demas obras públicas, en las que se turnaban las provincias, los pueblos i las familias, segun ciertas circunstancias, i la intelijencia i gusto especial de cada una. Este mismo órden se seguia para buscar mineros hábiles para la esplotacion de las minas, hombres ájiles para servir de correos, artesanos peritos para las manufacturas, i los diestros bailarines para divertir a la corte. Nadie, ni aun el niño o el anciano, estaban escusados de trabajar.

Este tributo de trabajo era tanto mas oneroso cuanto que solo pesaba sobre el pueblo, puesto que los nobles, los sacerdotes i los empleados estaban exentos de pagarlo. Los curacas eran de ordinario sumamente rigorosos para exijirlo; i el gobierno mismo imponia trabajos que hoi se creerian irrealizables. Se llevaron arenas del mar para las plazas del Cuzco, i se trasportaron inmensas moles de piedra para construir ciertos edificios en apartadas provincias. Sin embargo, los incas practicaron ciertos arreglos en los trabajos para hacerlos ménos gravosos a cada parcialidad; i para aliviar las penas convertian las faenas comunes en fiestas, acompañadas de músicas, danzas i bebidas. Mas pesado aun era el tributo de la sangre derramada, no solo en el campo de batalla, sino tambien en los funerales i en los sacrificios. A la muerte del soberano debian matarse muchos para continuar en su servicio mas allá del sepulcro, sacrificio cruel que en ciertas provincias comenzaron a exijir los simples curacas. En los grandes peligros, en las enfermedades de los principales, al advenimiento del soberano, o en celebracion de una victoria u otro suceso plausible, se inmolaban tambien niños tiernos o doncellas escojidas. Era tal el espíritu de obediencia i sumision de los antiguos peruanos, que las víctimas señadas para el sacrificio acudian presurosas i casi contentas para ser inmoladas.

La familia fué enteramente absorbida por el Estado. De diez i ocho a veinte años las doncellas, i de veinticuatro a veinticinco los mancebos, debian casarse por órden i conforme a la eleccion del gobierno. El dia del matrimonio jeneral, los jóvenes de ámbos sexos se colocaban en dos hileras, los hombres frente a las mujeres; en la corte era el inca el encargado de enlazar las manos de sus parientes; i los majistrados superiores desempeñaban la misma formalidad en toda la estension del imperio. La comunidad debia levantar las casas de los desposados. Ninguno podia casarse fuera de su parcialidad, que reconocia un tronco comun, usaba una misma lengua i vestia de la misma manera. Todos debian conservar el vestido de sus mayores para evitar la confusion de linajes; i les era ademas prohibido cambiar de domicilio. La autoridad del padre era mui poderosa: la mujer era casi su esclava, encargada de llevar la carga en el camino; i los hijos, en vez de ser considerados como las delicias del matrimonio, eran su principal riqueza.

Las familias vivian en cierto aislamiento; pero para evitar el fraccionamiento de la sociedad, la lei ordenaba reuniones periódicas, que estrecharon las relaciones de los pueblos i de los individuos mediante los cambios, las fiestas, los trabajos i los banquetes que debia presidir siempre el curaca. Los pobres tenian en esos banquetes el mismo lugar que las personas acomodadas: las tierras eran trabajadas por el pueblo; i los desgraciados espósitos eran cuidados por el gobierno i formaban parte de la comitiva del inca.

Una lejislacion excesivamente dura fijaba el castigo de los delincuentes. La pena capital se aplicaba por delitos de poca entidad, i la vijilancia del gobierno dejaba pocas veces burlada la justicia, i contribuia mas que la severidad de las leyes a evitar los crímenes de los gobernados. Hemos dado cuenta de la existencia de empleados superiores que velaban inmediatamente sobre cada uno de los grupos de la comunidad; pero el gobierno despachaba ademas ciertos visitadores encargados de informarle de la conducta de sus empleados, i el inca mismo emprendia cada cierto número de años una ostentosa visita para reconocer i visitar su imperio. Ciertos indios, recomendados por la igualdad del paso, llevaban sobre sus hombros la litera imperial, miéntras el pueblo se disputaba el honor de cargar el equipaje del inca, adornar el camino i ofrecerle sus obsequios, que eran poco necesarios por hallarse provisto de antemano los tambos i los palacios. La marcha de la gran comitiva era un triunfo no interrumpido; i el inca, para corresponder al amor de sus pueblos, trataba de remediar sus necesidades i proveer el mas pronto remedio a los males que se le señalaran.

El inca, sin embargo, no necesitaba de salir del Cuzco para estar al corriente de la situacion del imperio. Por medio de quipos o cordones, en que se hacian ciertos nudos simbólicos, se le enviaba anualmente el censo de la poblacion, i en ciertos períodos los demas pormenores estadísticos que podian conducir a la mejor distribucion de las tareas sociales. Con mas frecuencia recibia informes detallados de la marcha administrativa de todas las provincias. Cuando ocurria alguna novedad importante en cualquier punto del territorio se comunicaba la noticia a la corte, ya por signos telegráficos hechos por medio de fogatas, o ya por correos o chasques que marchaban con tal velocidad que en 24 horas andaban 50 leguas. Las órdenes reales se espedian con la misma prontitud, miéntras una gran variedad de prolijos reglamentos metodizaba hasta los mas ínfimos detalles de la administracion. El mismo órden presidia a las faenas comunales, cuyo principio se hacia en medio de fiestas, música i danzas para distraer a los trabajadores.

Una organizacion social tan robusta i tan superior a la cultura de las demas naciones americanas, tenia en sí misma suficiente fuerza de espansion para estenderse mui léjos. Por eso, desde que los incas pudieron apoyar su mision civilizadora en un ejército respetable, entraron en una carrera ilimitada de conquistas. La fé no les daba tregua en su propaganda guerrera: a ella eran arrastrados por el deseo de no faltar a su mision i comprometer el prestijio de la dinastía; por la necesidad de conservar la estimacion de la nobleza, i por la mas imperiosa todavía de prevenir el ataque de los señores vecinos, quienes, para salvar su independencia, no dejaban en reposo a los soberanos del Cuzco. Las conquistas fueron, pues, el movimiento que variaba la regularidad i la inercia

de la vida social de los peruanos. El heredero del imperio se educaba para la guerra, i a los 16 años recibia la solemne investidura militar. El i los nobles de su raza tenian que soportar un penoso noviciado: en el período de una luna dormian en el suelo, comian mal, vestian pobremente i sufrian en los últimos seis dias un rigoroso ayuno; pero vigorizados con buenos alimentos, hacian penosos ejercicios militares atacando i defendiendo alternativamente la fortaleza del Cuzco, luchando i corriendo para hacer alarde de su pujanza i ajilidad. Para conocer su resistencia se les obligaba a estar de guardia durante algunas noches, i para probar su serenidad se les exijia que no se estremecieran ni movieran los ojos cuando se les atacaba de improviso, o se blandian sobre su cabeza i en torno de su cuerpo picas i lanzas. Los que habian salido airosos de estas pruebas eran armados caballeros con una solemnidad en que se ponian en juego todos los recursos i ceremonias que podia sujerirles la imajinacion.

El pueblo suministraba excelentes soldados, sóbrios, obedientes, sufridos para las marchas i dotados de ese valor tranquilo que hace mirar el peligro con la serenidad necesaria para no abandonar el puesto. Frecuentemente tenian lugar ciertos ejercicios militares; i la rotacion en el servicio jeneralizaba en las diversas provincias la destreza en el manejo de las armas. Eran éstas las flechas, hachas, picas i mazas de madera durísima o de cobre, i la honda i el lazo; pero usaban ademas cascos de madera, rodelas de cuero i espesas corazas de algodon. Como debe suponerse, la táctica era mui imperfecta: los movimientos se regularizaban con el toque de trompetas i tambores; pero se peleaba en tropel i sin hábiles combinaciones, de modo que solo el número o el valor decidian de la victoria. Las guerras eran sangrientas i destructoras; mas los incas confiaban mucho en el poder de su civilizacion, i empleaban con frecuencia la jenerosidad i la clemencia como medio de conquista.

Los pueblos conquistados pronto dejaban de ser de fidelidad sospechosa; i perdido el sentimiento de su individualidad, no tardaban en hacerse instrumentos del conquistador para nuevos triunfos. Su fusion en la gran familia peruana se aceleraba con la comunidad de goces, con la sujecion a las mismas leyes, con el culto pomposo del sol i con el conocimiento del idioma jeneral. Para no irritar los sentimientos arraigados, se les respetaba las costumbres de su mayores, sus dioses eran admitidos entre los del imperio, i sus jefes, obsequiados en el Cuzco, volvian a sus hogares para ser misioneros mas celosos de la propaganda civilizadora. Sus herederos quedaban en la capital, no solo como rehenes, sino tambien para instruirse en las prácticas gubernativas i aficionarlos a la nueva civilizacion.

Esta curiosa organizacion social, estudiada por el Sr. Lorente con tanta prolijidad como filosofía, fué reproducida muchos años despues en va-

rios puntos de América con las modificaciones consiguientes a la relijion de los conquistadores españoles i a una civilizacion harto mas avanzada. Los jesuitas la establecieron en sus misiones de Cumaná i del Paraguai con un lujo de reglamentacion i de escrupulosidad que ha sorprendido a los viajeros i filósofos que pudieron estudiarla de cerca.

Don Félix de Azara, que la encontró en el Paraguai, observó los inconvenientes de ese sistema, i pronunció su fallo condenatorio con todo el tino que caracteriza sus escritos. El baron de Humboldt, visitando las misiones de Cumaná, i elevándose a las consideraciones de la verdadera filosofía, escribia su opinion en los términos siguientes: «Los indios han perdido progresivamente ese vigor de carácter i esa vivacidad natural que, en todos los estados del hombre, son los nobles frutos de la independencia. Sometiendo a reglas invariables hasta las menores acciones de su vida doméstica, se les ha hecho estúpidos a fuerza de hacerlos obedientes.» La misma observacion, aunque en diversos términos, se escapa a cada paso al señor Lorente. En el antiguo imperio de los incas, como en las misiones de los jesuitas, la individualidad desapareció completamente, a tal punto que la historia no recuerda un solo nombre, a parte del de los soberanos. Se habia creido que ese sistema, aparente talvez para reducir a los indíjenas a abandonar la vida salvaje, era el término social de la humanidad, miéntras que la civilizacion comunista no era mas que el medio para suavizar las costumbres feroces de los bárbaros i prepararlos a un mejor desarrollo. Esto fué lo que no se quiso comprender; i las tribus, faltas de toda iniciativa individual, quedaron estacionadas durante muchas jeneraciones, hasta encarnarse en la raza ese instinto de inercia i abatimiento que hasta hoi caracteriza a los pueblos americanos que estuvieron sometidos a ese réjimen.

El sol era el dios i el alma del imperio. A su nombre se hacian las conquistas, se daban leyes i se organizó aquella admirable sociedad. Manco Capac dió principio a su mision llamándose el hijo i el instrumento de la voluntad del sol, i echando en el Cuzco los cimientos del templo destinado al culto de su padre, cuyas riquezas le dieron el nombre de Coricancha, casa de oro. Sus sucesores llevaron adelante la propaganda, i al conquistar una provincia tuvieron como la primera de sus obligaciones la ereccion de un santuario a su celestial projenitor.

Para el servicio de esos templos habia un verdadero ejército de sacerdotes. En algunos de ellos hubo cuarenta mil hombres, que se alternaban en el ejercicio de las funciones sacerdotales; pero el del Cuzco tenia solo cuatro mil, todos ellos de la estirpe réjia, i presididos por el Villacumu, o sumo sacerdote, hermano o tio del inca, i cuyas funciones eran vitalicias. De la misma familia eran los jefes del culto en todos los tem plos del imperio; los demas sacerdotes pertenecian al rango de los curacas, i aun para los servicios inferiores se elejian las personas mas con-

sideradas en sus respectivas tribus. La santidad que ostentaban, realzaba el prestijio que sobre las masas debia darles su nacimiento: algunos estaban sujetos a perpetua continencia, i todos la observaban cuando les tocaba el turno de residir en el santuario. Por este medio imponian al vulgo; pero nunca vistieron un traje venerado, ni se reservaron el monopolio de la ciencia, ni la educacion, ni la direccion de las almas, como en otros pueblos.

Así como muchas naciones de la antigüedad, los peruanos tuvieron tambien sacerdotisas para el culto del sol, que ellas realzaban por sus dotes personales, por la pureza de su vida i por sus ocupaciones. En el monasterio del Cuzco, solo entraban niñas de sangre imperial o de singular hermosura; i en los de las provincias tampoco eran admitidas sino las hijas de los nobles, o vírjenes escojidas por su estrordinaria belleza. Sus relaciones con el mundo se rompian desde que ellas ponian el pié en el claustro. Sus casas eran una especie de pueblo rodeado de altos muros, donde se encerraban a veces mas de mil quinientas, con igual o mayor número de criadas i multitud de mamacunas (madres) encargadas de su educacion, que vivian en callejones que circunbalaban toda la casa, i que por su estrechez apénas dejaban paso a dos personas de frente. Como las vestales de la antigua Roma, las escojidas cuidaban de la conservacion del fuego sagrado, i en su calidad de esposas del sol, debian espiar un adulterio sacrílego con el horrible suplicio de ser enterradas vivas. Ningun hombre fuera del inca podia penetrar en el sagrado asilo de las sacerdotisas. En su rango de hijo del sol, tenia éste el derecho de sacar del claustro aquellas que le parecieran mejor para aumentar el número considerable de sus esposas, las cuales, aunque dejaran de agradarle, no volvian mas a la reclusion, viviendo en la libertad i en la opulencia i gozando de la consideracion jeneral. Las escojidas, ademas, tejian finísimas telas de vicuña para el sol i para el inca, i preparaban la chicha i los panecillos (zancu) que habian de distribuirse en las grandes festividades. Los observadores sistemáticos han sacado las mas curiosas consecuencias de la afinidad entre estos usos i otros análogos de varios pueblos antiguos.

Las fiestas del sol tenian lugar todo el año: en cada luna se sacrificaban cien llamas, cuyo color variaba segun la especie de holocausto, i al principio de las estaciones se celebraban cuatro grandes solemnidades, de las cuales la de capac-raimi, que tenia lugar en el solsticio de diciembre, era mas notable e imponente. Concurrian a ella los nobles de todo el imperio con grandes comitivas, i se reunia en el Cuzco la inmensa poblacion de las cercanías. La fiesta era precedida de un ayuno rigoroso; i al amanecer del veinte i uno de diciembre, esperaban la salida del sol el inca con su estirpe en la plaza de los regocijos, i los demas incas en la inmediata plaza de la alegría. Cada cual se presentaba ese dia con sus

mas ricos trajes, diversamente adornados segun las diferentes tribus, i los curacas se hacian admirar, ya por su lujo, ya por sus disfraces de leones, cóndores u otros mas estraordinarios. Cuando el sol doraba las altas cumbres, el estrépito de los instrumentos i de las aclamaciones de los hombres, se confundian en una sola esplosion jeneral de bendiciones. El inca presentaba al astro del dia dos copas llenas de chicha, derramaba una en una tina de oro que por un canal oculto conducia el licor al templo, i con la otra copa daba de beber a los grandes personajes, quienes cebándola oportunamente, la pasaban al resto de la nobleza. La familia imperial entraba al templo con los piés descalzos, miéntras el pueblo, descalzo tambien, quedaba a una respetuosa distancia de aquel santuario venerado. Allí se invocaba al sol como soberano señor del universo, se le ofrecian los vasos de la libacion i otras joyas, i regresaba la procesion a las plazas que ántes ocupaba. Matábanse centenares de llamas, en cuyas entrañas palpitantes se pretendia adivinar el porvenir, i se distribuia su carne entre los concurrentes. Igual distribucion se hacia del zancu, i en un banquete público se prodigaba la chicha, a la que sucedian bulliciosas danzas. La alegría se prolongaba semanas enteras, no dándose tregua al baile sino para apurar las copas. Solemnidades análogas a éstas tenian lugar al principio de cada estacion, aunque cada una tenia una significacion diferente.

El sol recibia en ofrenda toda clase de objetos. Del reino mineral se le ofrecian piedrecitas pintadas, un poco de tierra, cobre, plata o piedras preciosas: del reino vejetal, el maiz preparado de diversas maneras, aromas que se quemaban en los holocaustos, i coca cuyo humo era considerado como el perfume mas grato a la divinidad; del reino animal, llamas, cuyes, aves i perros, i en las ocasiones mas solemnes, una o muchas víctimas humanas. A la coronacion del inca se inmolaba un niño de seis años para alcanzar la proteccion del cielo durante su gobierno.

El culto del sol traia consigo el de la luna, su esposa i hermana, el de las estrellas, que formaban su celeste comitiva, el del planeta Vénus, que se consideraba su paje, el del terrible illapa, nombre jenérico de los truenos, rayos i relámpagos, i el del arco íris, su mensajero. La política de los incas aceptaba los dioses de las tribus conquistadas que encontraban un asilo en el templo del Cuzco, i en los de las provincias. Pachacamac, aunque invocado en las circunstancias difíciles, no era mas que un hombre, i solo ciertas intelijencias privilejiadas acertaban a concebirle como el supremo hacedor de toda la creacion, i superior al sol.

La supersticion trajo, como en todas partes, oráculos, adivinos i presajios de todo jénero. En algunos templos se daban los vaticinios con sorprendente aparato; pero el pueblo, deseoso de rasgar el denso velo del porvenir, sostenia la fé en los agüeros, en los ensueños i hasta en las circunstancias mas vulgares de la vida; i en los fenómenos fisiolójicos

mas comunes, encontraron un fecundo caudal de presajios de toda naturaleza. Es apreciable la laboriosidad con que el señor Lorente ha recojido i agrupado ciertas noticias para dar a conocer esta faz de la antigua sociedad peruana.

Ciertos ritos de los indios sorprenden por su analojía con el culto cristiano. Ademas de la veneracion que se profesaba en el Cuzco a una hermosa cruz de piedra, habia prácticas tan parecidas a los sacramentos, que los toscos conquistadores españoles, sin querer buscarles una causa filosófica en las analojías del estado social, supusieron que eran invenciones de Satanás, o vestijios casi perdidos de la propaganda evanjélica que decian varios escritores de aquel siglo haber hecho en el nuevo mundo los apóstoles Santo Tomas i San Bartolomé. Es notable particularmente la confesion, i las espiaciones que se le seguian, si bien ésta se hacia con cualquier individuo, sin especialidad de sexo. Estas prácticas se estendian lentamente por todo el imperio, unificándolo en el sentimiento relijioso i en el culto, i como un medio de conquista en el órden político i un beneficio para la humanidad.

Tal era la ignorancia del pueblo i tan escasas las luces de la nobleza, que, a juzgar solo por la ciencia, se deberia colocar la altura de los incas casi al nivel de la barbarie. A la multitud se le cerraba sistemáticamente el santuario del saber para que la falta de intelijencia le hiciera mas resignada a la servidumbre, i llevándola del trabajo asíduo a las diversiones reglamentadas. Para las clases privilejiadas se habian abierto escuelas, que el soberano honraba a veces con su presencia i con tomar parte en la enseñanza; pero no se trataba en ellas de una educacion por principios que diera vuelo a la razon e independencia al juicio, sino trasmitir a la juventud noble las máximas de la guerra, las prácticas del gobierno, las ceremonias de la relijion, la lengua jeneral, los quipos i la historia de los incas. Las felices inspiraciones del talento no podian dar frutos duraderos por falta de letras: los quipos, compuestos de manojos de cuerdas, suplian a la escritura verbal de una manera mui imperfecta.

En manos de hábiles quipocomayos llegaron sin embargo a adquirir los quipos una perfeccion estraordinaria. Los nudos espresaban unidades si eran simples, decenas si eran dobles, i así aumentaban como los ceros en la escritura arábiga, si bien nunca alcanzaron a millones. Con la variedad de colores se denotaba la diversidad de ideas, ya fuesen abstractas o materiales: el blanco significaba la plata i la paz. Hilitos accesorios recordaban circunstancias particulares; i la lonjitud de las cuerdas permitia colocar los objetos segun su importancia: en el censo, primero los hombres i despues las mujeres. Comentarios particulares que se confiaban a la memoria de los quipocomayos, aclaraban el sentido de esta escritura, i mediante la asociacion de ideas, podia el quipo fa-

vorecer el recuerdo de los objetos a cuya espresion directa no se habria prestado fácilmente. Perfeccionados los quipos pudieron satisfacer todas las necesidades de la estadística, i llegaron a constituir verdaderos anales del imperio. La fidelidad de los quipocomayos quedaba garantida de algun modo multiplicando en cada capital el número de estos empleados. Sin embargo, el quipo se prestaba mui poco para la trasmision de nociones científicas, i aun para los que no estaban en el secreto del comentario verbal, su significacion es un misterio. Hai por lo tanto que renunciar a toda esperanza de que el descubrimiento de algunos quipos disipe las tinieblas de las antigüedades peruanas.

Es sensible que los adelantos literarios de los incas carecieran de la escritura para quedar consignados en la lengua quechua. Es este un idioma tan admirable por la fuerza de espresion i por la riqueza de las voces, como por la regularidad de las formas i la dulzura de los sonidos. Los términos siempre propios ofrecen la mas enérjica concision, espresándose, con solo un nombre o un verbo, ideas complejas i conceptos enteros que en otras lenguas exijen multitud de voces. El señor Lorente, que analiza detenidamente el mecanismo del idioma quechua, da noticias mui interesantes respecto a su literatura. Si bien faltó la libertad, que es el alma de la elocuencia, la prosa hablada se perfeccionó con la aprobacion del pueblo i el sufrajio de los incas en los frecuentes discursos a que daban ocasion las fiestas. En la poesía adelantaron los peruanos mas que ningun otro pueblo de América. Las bellezas del suelo, la pompa del culto, la grandeza de las conquistas i las brillantes escenas del socialismo, daban continuo alimento a las creaciones del jénio; el idioma, dulce, rico i pintoresco, les prestaba hermosas formas, i el espíritu nacional, rebosando sentimientos e imájenes, las animaba con su soplo de vida. Hubo romances en que se referian los sucesos mitolójicos i los hechos de los héroes; odas en que se cantaron las pasiones, i verdaderos dramas, ya sobre grandes infortunios, ya sobre acontecimientos vulgares, que eran representados en las mayores festividades, los primeros por la nobleza, los otros por la plebe. El señor Lorente señala algunas de estas composiciones, i analiza la trajedia de Ollanta, de la cual ha dado noticia el señor Rivero en sus *Antigüedades peruanas*, i reproducido el señor Ischudi en su estudio sobre el quechua.

Mas imperfectas fueron todavía las nociones que los antiguos peruanos tuvieron de las ciencias naturales i exactas. En Matemáticas no alcanzaron ninguna teoría elevada, i si bien conocian el sistema decimal para sus cálculos, sus ideas se confundian pasando mas allá de 100,000. La rutina sin embargo les habia enseñado ciertas prácticas mui útiles para la mensura de las tierras i la apertura de canales de regadío. En Astronomía, supieron medir el tiempo por medio de columnas, cuyo oficio las asemejaba a nuestros cuadrantes, i señalar las estaciones del

año; pero a la mecánica celeste le dieron una esplicacion alegórica monstruosamente absurda, con que se esplicaba su sistema mitolójico. En medicina, conocieron el uso de las sangrías parciales i el empleo de muchas plantas; pero no alcanzaron a formular reglas, porque ejercida por viejas i otras personas inhábiles, la ciencia fué solo la ocupacion de los que eran inútiles para los demas trabajos. El aislamiento, que formaba una de las bases del sistema social, impidió la propagacion de los conocimientos jeográficos; pero en el Cuzco se tenian nociones de todo el imperio, i mapas o planos de las ciudades, trabajados de relieve, en que se ponian de manifiesto todos los detalles importantes de la localidad. En cuanto a la Historia, solo se tenia noticia de la del imperio trasmitida por la tradicion i por composiciones en que la fábula i la alegoría tenia una parte mui principal.

La melancolía era el carácter dominante de la música peruana, pues los indíjenas, ya se lamenten, ya rian, sea que bailen, sea que representen, parece que lloraran. El mas triste de sus instrumentos es la quena, pero conocieron la flauta, flauton, unos tamborcillos i otros instrumentos. Por lo comun no buscaban los indios la armonía, sino el hacer mucho ruido con la multiplicacion de los sonidos. El dibujo no estaba mas adelantado que la música. Apénas se hallan mas pinturas que las destinadas a adornar las paredes de ciertos edificios, las grabadas en ciertos útiles i las diseñadas en los tejidos. Las estátuas son por lo comun informes; pues dan a la cabeza un volúmen monstruoso, i las estremidades están mal bosquejadas i casi en rudimento.

En la arquitectura aparece un gusto formado, no por cierto en las mansiones del pueblo, sino en las obras públicas. Aquellas son estrechas, sin ventanas ni chimeneas, con un agujero por puerta, i construidas con cañas, piedra tosca o adobe únicamente, i manifiestan el poco valor que se daba a la familia respecto a la comunidad; mas los palacios, los templos, los salones para celebrar las fiestas en los dias lluviosos, las casas de las escojidas, los caminos, los acueductos, los tambos i las fortalezas reflejan perfectamente la civilizacion peruana. Todos los edificios públicos se distinguen por cuatro caractéres, que son la espresion fiel de aquel estado social, su uniformidad, su sencillez, sú solidez i su simetría. No obstante la perfeccion relativa de la arquitectura, en ella, como en las demas bellas artes, se notan las imperfecciones que son inevitables cuando la civilizacion carece de principios racionales i de nociones distintas. Choca ver en los edificios mas notables que los techos son de paja, las ventanas mui raras, las puertas mui chicas i las piezas casi siempre sin comunicacion entre sí. Faltan las columnas, los arcos i los departamentos altos: las maderas, en vez de empalmarse, están atadas con cuerdas. Con todas estas imperfecciones, siempre serán admiradas las obras de los incas, tanto por la magnitud o por la primo-

rosa labor de las piedras, como por su armoniosa colocacion i el ajuste tan exacto que apénas deja percibir las junturas.

La industria de los antiguos peruanos no pudo desarrollarse tan rápidamente como convenia por la falta de ciencia i de máquinas, de division del trabajo, libertad, concurrencia, moneda i crédito. En la agricultura hicieron, es verdad, grandes progresos: conocieron el abono de las tierras i el regadío, pero no alcanzaron a usar otro arado que una estaca punteaguda, que empujada por el hombre, rasguñaba lijeramente el suelo destinado a la siembra. La feracidad de éste suplia a la falta de mejores instrumentos, i rendia abundantes cosechas. El señor Lorente señala los frutos que recojia la industria agrícola de los incas, e incluye entre ellos el plátano. Esto mismo ha asentado Prescott en su introduccion a la historia del Perú, i se lee mas o ménos vagamente en Garcilaso i en Acosta, el cual hace la diferencia entre el plátano árbol, i la fruta o planta a que se ha dado este nombre, i que crece en América (1). El erudito Pedro Mártir, que hace la misma distincion, esplica que la planta fué asiática i traida a Europa de Alejandría (2), i el infatigable Oviedo, la primera autoridad en esta materia, refiere detenidamente que plantados los plátanos en las Canarias crecieron fácilmente, i que de allí sacó las primeras semillas frai Tomas de Berlanga, Obispo despues de Panamá, i los propagó en la isla de Santo-Domingo en 1516, de donde se estendieron fácilmente por todas las Antillas i la Tierra firme (3). Mártir i Oviedo, escritores contemporáneos, i el segundo testigo de aquella importacion, son autoridades mas respetables a este respecto que Garcilaso i Acosta, que medio siglo despues vieron la planta estendida en todo el nuevo mundo, i son ellos los que hacen creer que es un error de los historiadores modernos que esa planta fuese cultivada en el Perú ántes de la conquista.

Los peruanos domesticaron algunos animales, como el llama, i fueron diestrísimos cazadores de aves i cuadrúpedos. En la pesca hicieron tambien progresos mui notables, e inventaron mil ardides para atraer a los peces. Pero fué en la minería i en la esplotacion de los metales en lo que se mostraron mas hábiles. Apénas puede comprenderse cómo sin hierro, sin pólvora i sin maquinaria se logró desprender las enormes piedras que se admira en algunos edificios. El oro se sacaba de los lavaderos i minas, i es indudable que debieron esplotarse riquísimos veneros. Estrajéronse tambien grandes sumas de plata; pero no se profundizaron las minas, ni se conocia el beneficio del azogue, sino que se

---

(1) Acosta, *Historia natural i moral de las Indias*, lib. 4.°, cap. 29, páj. 248 i siguientes. Edicion de 1590.

(2) *De orbe novo*. Dec. VII, cap. IX, páj. 513 i 14 de la edicion de Paris de 1587.

(3) *Historia natural i jeneral de las Indias*, lib. VIII, cap. I.

llevaban los cortes casi a flor de tierra i se quemaba el metal en hornos colocados en las alturas i abiertos por los cuatro costados para aprovechar la fuerza del viento. El hierro nunca fué trabajado, i su uso era reemplazado con el cobre i el estaño. Los artesanos doblegaban los metales a las mas atrevidas concepciones: los fundian en pequeños hornos, los vaciaban en moldes, los estiraban en hilo para imitar los filamentos del maiz u otras flores, los reducian a láminas ténues que, cubriendo la madera, el cobre o las piedras, reemplazaban al mas perfecto dorado, los soldaban de modo que no quedara vestijio de junturas, i los embutian, ya en las figuras de hombres i animales, ya en las vasijas de todos tamaños, como si las hojas de oro, plata i cobre hubieran salido de la mano del artífice de un solo golpe.

La falta de sierras i demas instrumentos impidió el desarrollo de la ebanistería; pero en cambio hubo hábiles alfareros cuyas obras son admiradas hoi mismo, i diestrísimos tejedores en cuyas telas no se sabe que elojiar mas, si la delicadeza de los hilos, los primores de la finísima labor, o el brillo de los colores, que parecen indelebles despues de haber estado enterradas las telas algunos siglos.

Entre otras maravillas de la industria peruana, notábase la manera misteriosa con que a fuerza de destreza i constancia pulian las piedras durísimas. Entre los monumentos de Hatun-Cañar se veian algunos animales cuyos labios estaban atravesados por argollas movibles, apesar que todo, argollas i cabeza, estaba formado por un solo trozo de granito. Es por fin un misterio la manera como los peruanos embalsamaban los cadáveres de los incas, cuyas mómias, si se ha de creer a los que las vieron, presentaban despues de algunos siglos las carnes llenas, las facciones sin alteracion i el cútis blando i suave.

Pero la industria no pudo alcanzar un alto grado de perfeccion. La acumulacion de oficios en una sola persona fué causa de que ninguno alcanzase el gran desarrollo que la division del trabajo ha producido en la industria moderna, i la sumision física e intelectual orijinó la falta de toda iniciativa de parte de los operarios.

La sumision habia venido a ser el rasgo mas característico de la índole del indio. Perdido todo sentimiento de independencia bajo el yugo de los incas i anonadado el libre albedrío en el socialismo, dejaron los indíjenas de ser hombres por convertirse en máquinas. Instrumentos pasivos del poder, recibian los bienes como un don gratuito i los males como una fatalidad irresistible. Perteneciendo en cuerpo i alma al superior, debian doblegarse a sus caprichos, tanto en el jénero de vida, como para morir en el lugar i a la hora que se les designase. Tan natural creian la obligacion de servir, que no osaban acercarse a la autoridad, ni siquiera para demandar justicia, sin llevar algun obsequio, i temian haber caido en su desagrado, si por no serles gravosa rehusaba su dádiva.

Como la sumision completa traia consigo la inercia jeneral, todo lo habia de hacer el gobierno, i en el momento en que se suspendia la accion administrativa, se interrumpia tambien el movimiento social. De aquí una resistencia pasiva a las mejoras mas poderosas que la insurreccion abierta; porque renaciendo a toda hora, gastaba la voluntad mas enérjica. I de aquí una apatía i pereza jenerales, que nos harian dudar de la sensibilidad i actividad de los indios, sino las pusieran de manifiesto su vida i sus monumentos.

Los hábitos del comunismo estendido i arraigado bajo el gobierno de los incas en mas vastas proporciones que en ningun otro pueblo de la tierra, daban lugar a una estraña mezcla de sentimientos fraternales con actos de bárbaro egoismo. El proceder de los indios se presentaba a causa de esto lleno de contradicciones. Ya se les vé como buenos hermanos asociarse para todos los trabajos, sentarse en el banquete comun, sin distincion de pobres o ricos i beber todos de una misma copa, aunque solo haya de tocarles una gota de licor. Ya una obra de interes comun se está arruinando visiblemente, porque ninguno quiere tomarse la pena de poner una piedra no acompañándole los otros; i un infeliz desfallece a vista de todos porque ni aun sus deudos han de ser los primeros en prestarle socorro. Como el imperio no era si no un vasto convento, debia seguir la suerte de todas las comunidades: mucha fraternidad en lo que toca a la corporacion, escasa caridad para los individuos, grandes esfuerzos para las obras sociales, ninguna aspiracion particular para hacer algo que salga de la medianía jeneral, apénas conocido el sentimiento de gratitud porque los beneficios se aceptan como servicios al cuerpo, no como una deuda contraida por el favorecido.

Una sociedad tan disciplinada debia distinguirse tambien por el apego a las formas; i en efecto los indios se pagaban como los niños mas de la esterioridad que del fondo: todo debia presentarse bajo determinada manera, con cierta pompa; el culto, mas que una enseñanza, era un espectáculo, i en los espectáculos, solo se buscaba lo que hablara a los sentidos, por eso las tareas no debian salir de la rutina acostumbrada.

Sin embargo de que la necesidad de emociones inclinara a los indios a placeres turbulentos, rara vez desmentian la dulzura de su carácter. La suavidad de la tierra habia penetrado en sus corazones, i el culto apacible del sol, junto con el espíritu paternal de los incas, reforzando las inspiraciones del clima, hizo de ellos el pueblo mas bondadoso i mas manso. En una época en que las guerras eran de esterminio, ellos adelantaron sus conquistas mediante una predicacion sostenida, mas con el aparato que con el uso de la fuerza; casi siempre despues del triunfo trataron a los vencidos como a hermanos; en sus castigos mas terribles jamas se veia la refinada crueldad de los siglos bárbaros; en sus reyertas, la vista de la sangre en vez de enfurecerlos ahogaba todo pensamiento

de venganza; i a los peores tratamientos, en vez de responder con imprecaciones feroces, replicaban dulcemente *taita* (padre), como un hijo que se duele de la indignacion paterna.

Con sentimientos tan dulces, con la vijilancia del gobierno, con los hábitos de laboriosidad i con el horror a los castigos, casi no podia tener entrada el crímen: poca ocasion le daban por cierto ni la ociosidad, ni la mendicidad, que el pueblo no conocia ni aun de nombre: i resignado cada uno con su suerte faltaban las grandes tentaciones. Por eso fueron mui raros los asesinatos, los robos, aunque las casas estaban siempre abiertas, el adulterio i el libertinaje escandaloso. Al ver el órden que reinaba en aquella sociedad, se habria tomado el imperio de los incas por modelo de familias i de Estados. El testimonio mas brillante de esta conviccion lo dió en su testamento Mancio Sierra Lejesama: el 15 de setiembre de 1589, mas de medio siglo despues de principiada la conquista, i siendo el único de los conquistadores vivos, decia entre otros tributos pagados al mérito del gobierno imperial:—"Los incas los tenian gobernados de tal manera que no habia un ladron ni hombre vicioso, ni hombre holgazan, ni una mujer adúltera, ni mala; ni se permitia entre ellos jente de mal vivir en lo moral; los hombres tenian sus ocupaciones honestas i provechosas."

No obstante, la imperfeccion moral era grande. Lisonjea en verdad contemplar la sublime abnegacion con que se sacrificaban muchos por sus superiores o por los objetos de su cariño, i la calma imperturbable con que otros sufrian los tormentos i la muerte; pero se echan de ménos el sentimiento de la dignidad personal que hace al hombre incapaz de bajezas, el fuego del patriotismo que no se debilita por peligros ni por obstáculos, el respeto al deber que crea los mártires de la verdad i de la justicia, i la fuerza de voluntad que distingue al heroismo militar i político; i fuera de estas virtudes, que no se han de pedir a todos los hombres, escaseaban las dulces emociones de familia i los gustos elevados.

No eran por cierto insensibles al sentimiento delicado de la belleza, ni el pueblo que en sus marchas gustaba hacer alto en las cumbres desde las que el cielo i la tierra del Perú pueden descubrirse en toda su magnificencia, ni los incas que multiplicaron sus mesetas o lugares de descanso en todos los caminos para recrearse con la vista de los mas bellos paisajes. Mas la ignorancia en que se tenia sumida a la muchedumbre, el carácter sensual de aquella civilizacion i las inclinaciones bajas que son siempre el triste legado de la servidumbre, jeneralizaban el gusto desmedido por el baile, por las bebidas i por otros placeres ménos puros.

Los bailes fueron mui variados: los habia de varias clases, exhibiendo en algunos casos muestras sorprendentes de habilidad; pero en jeneral las danzas no p[illegible]on por la descompostura sino por la duracion desmedida, prolongándose a veces casi sin interrupcion semanas enteras.

La embriaguez era el vicio dominante. Inspirada por los pensamientos que forman la herencia de los siervos, permitida por la lei, autorizada por la costumbre i santificada por la relijion, se presentaba a su tiempo en familias, comunidades i provincias, sin distincion de sexos, edades ni ranges. Embriagábanse los indios por la paz i por la guerra, por la dicha i por la desgracia; al principiar sus tareas i al terminarlas; por el nacimiento de los hijos, por el corte del pelo, por el matrimonio i por el entierro; con la embriaguez se celebraba la conclusion de la casa, bebiéndose por cada uno de los rincones; la embriaguez hacia desear los triunfos; la adoracion al sol se resolvia en una borrachera. Nadie trataba de ocultar su vergonzoso estado; léjos de eso, gloriábanse todos de su dicha i la ostentaban como una grandeza.

Junto con el embrutecimiento i desgracias inseparables de esta embriaguez periódica, durante la cual los indios se dejaban a menudo caer a la inclemencia, espuestos a un sol abrazador o a ser penetrados por la humedad, i en ámbos casos a gravísimas dolencias, venian los desórdenes, casi inevitables en un estado donde falta el temor a las leyes, el respeto a la opinion, el freno del pudor i las demas ideas morales.

Sin la arraigada pasion a las bebidas, hubieran podido los indios olvidar la monotonía de sus trabajos con las muchas diversiones inocentes, que no descendian ni de su sencillez ni de su cultura. Dignas eran de un pueblo civilizado sus representaciones dramáticas i mímicas. Tambien se divertian inocentemente en varios juegos de suerte. Conocieron igualmente los juegos de pelota, el de las bolas i otros en que ejercitaban su ajilidad, su fuerza o su destreza; mas en algunos casos se entregaban a entretenimientos peligrosos. La pulla era un verdadero combate, en el que, enfurecidos los jugadores como en las peleas a muerte, herian sin piedad i se esponian ciegamente a heridas mortales sin desistir de su bárbara diversion por el número de las víctimas.

No obstante que la vida fuera una fiesta casi contínua en la que se sucedian de tropel las solemnidades del culto, los ejercicios militares, las alegrías campestres i los festines domésticos, la melancolía era el estado habitual del indio. Cuando nada le sacaba de su abatimiento, permanecia horas enteras inmóvil i silencioso como la estatua del dolor; sus súplicas eran sentidas, llorosas sus escusas, lamentable el canto, tristes los bailes i tristísima la tierna mirada i la dulce sonrisa.

Acaso contribuyeron a la melancolía de los indios la índole de casi todas las razas americanas i la manera de vivir propia de los peruanos. A no ser por las diversiones reglamentadas que interrumpian la estrechez habitual de la vida, se habria tomado a los vasallos del inca por una comunidad de anacoretas que aspiraban a la perfeccion evanjélica.

Las comidas del pueblo eran por la mañana temprano i al ponerse el sol; el alimento habitual yerbas cocidas, papas, chuño, maiz, alguna

onza de charqui, todo bien condimentado con sal i ají; la principal bebida la chicha de maiz, de quínua, de maguei, de semillas de molle o frutas. Los felices habitantes de los yungas tenian mas abundante provision de frutos tropicales, los ribereños cuanto pescado quisiesen; i contrastando con las miserables comidas del pueblo, saboreaba la nobleza la buena caza, la pesca que se la llevaba hasta del corazon de los Andes, i aun en las ríjidas punas, las delicadas frutas de la montaña.

El vestido del pueblo era tan sencillo como sus alimentos; jeneralmente de color azul, amarillo u otro mas oscuro. Los hombres vestian una camisa (uncu) sin manga i ni cuello, hecha de lana de llama en la sierra i de algodon en la costa; unos pañuetes (huara) que reemplazaban al calzon, una manta (yacolla) cuadrada de dos piernas, un calzon (uzuta) abierto, de cabuya o cuero, i un gorro (chuco) que variaba segun la diferencia de naciones. Las mujeres traian sobre la camisa otra especie de túnica (anaco), que ataban a la cintura con fajas (chumpi), i un manto (lliella) que prendian por delante con una espina o con un alfiler de cobre (tupu); se adornaban la cabeza con una cinta circular (huincha); hacian de su cabello dos trenzas que echaban hácia atras; i para conservarlo limpio i con su hermoso negro de azabache, se lavaban cuidadosamente la cabeza i la metian en algunas tinturas vejetales. La nobleza, aunque usaba el vestido popular, lo hacia con finísimos tejidos de vicuña cuya belleza realzaban preciosos adornos.

El interior de las casas correspondia al pobre trato que se daba el pueblo. Sucias, oscuras, i reducidas a uno o dos estrechos departamentos, solo encerraban la escasa provision de maiz, papas, quínua i algun otro vejetal, ollas de barro (manca), platos de zapallo (mates), vasijas para la chicha (puinu), alguna piel o estera (ccara) para acostarse, el sencillo telar, el uso (puchca) para hilar, lana i algodon en rama o hilados, mui raro instrumento de labranza o de oficio particular, ninguna mesa, arca, asiento, cuchara ni otro utensilio doméstico de madera, i sí solo las indispensables vasijas de barro i batanes (cutana) de piedra para moler el maiz. Mas en las mansiones de las clases privilejiadas habia la holgura necesaria, i en ninguna de ellas faltaban ricas mantas para cama, utensilios de finísimo barro, cuando no de oro i plata, asientos (tiana), que eran una especie de escaño bajo, casi siempre de metal precioso en los palacios, espejos de metal o de una piedra particular (intip-ripu), i otros muchos objetos de comodidad i lujo.

Aunque la vida del pueblo fuese tan poco regalada, su condicion era mui superior a la del salvaje que por su imprevision muere de necesidad en medio de una naturaleza rebosando provisiones, a la del siervo de los tiempos antiguos i a la del indijente de las capitales europeas. Cualesquiera que fueren los infortunios i la horfandad del peruano, nunca le faltaban vestidos con que cubrir su desnudez, albergue contra la in-

clemencia, alimentos i un sitio honrado en los banquetes de la comunidad.

Los actos cardinales de la vida de familia entraban en el órden jeneral i tenian su carácter de fiesta. El matrimonio, por hacerse simultaneamente en todo el imperio, podia considerarse como la gran fiesta nupcial, sin embargo de que pocas veces ofreceria las alegrías del himeneo que viene a coronar largos amores. A menudo, la union de los esposos les era impuesta por el majistrado, sin que para ella se consultara el voto de los interesados, i con mas frecuencia, sea por la precocidad de las pasiones que no podrian aguardar la edad fijada por la lei, sea porque la opinion autorizara antiguos abusos, el matrimonio legal solo venia a consagrar la union de muchos años, sostenida ya, mas por el hábito que por el cariño. De aquí el que pocos nobles se contentaran con una sola mujer, i el que la casada, convertida en esclava de su marido, viese muchas veces trasladadas a una nueva querida todas las atenciones del amante.

El corte del primer cabello, pelo del año (huatan-chucha), se hacia con mucha solemnidad en medio de un convite. Uno de los convidados cortaba con una piedra aguda algunos cabellos al niño, seguian los otros dándole pequeños cortes, i despues de hacerle cada uno su obsequio se pasaba al festin, a la danza i a la bebida. Cuando el infante, objeto de la fiesta, era el heredero del trono, acudian a la corte con sus dones los nobles de todo el imperio.

La entrada en la pubertad se celebraba tambien con otras fiestas, cuya pompa era mui grande entre las clases privilejiadas.

Aunque mezclado con lágrimas, no era ménos animado el duelo. Caliente aun el cadáver i respirando las víctimas que debian servir al difunto mas allá de la tumba, solo pensaba la parentela en preparar la chicha, con que ella, los convidados i los habitantes de la otra vida habian de alegrarse. Bebiendo se principiaba i concluia el entierro, i la orjía no cesaba hasta despues de algunos dias para renovarse el aniversario. Habia ademas una solemne conmemoracion de difuntos, en la que los vivos se alegraban con opíparos banquetes i se ponia en las huacas manjares para los muertos. Era bastante frecuente el recordar, así en este dia, como en el del entierro, con cantares mezclados de risas i llantos, la vida de los finados, sus buenas i malas acciones, los servicios que prestaran, i la falta que hacian.

Tan admirables como los campos que labraron para sostener su vida, son las huacas que construyeron los indios para reposar despues de su muerte. Se encuentran siempre cerca de las poblaciones, a veces en la campiña inmediata, a veces en la misma casa, como si los hijos no hubieran querido separarse de las cenizas de sus padres. Están en los valles encantados donde reina el deleite, como para desvanecer las májicas

ilusiones de los sentidos, i por lo comun en alguna eminencia. Los cadáveres se hallan sentados con las rodillas juntas i echadas sobre el vientre, los brazos traidos sobre el pecho, i las manos unidas sobre el rostro como la criatura que se desarrolla en el seno materno. Se les tomaria por viajeros que descansan algunos instantes para proseguir una larga marcha. I no creian ellos que su letargo fuese duradero; por eso se descubren junto a las mómias los vestidos, útiles, maiz, chicha i objetos de lujo que les habrian de servir en su nueva existencia. La historia puede sacar mucha luz de entre las sombras de estas tumbas; pero hasta hoi el indíjena teme acercarse a ellas mas que al aliento del apestado; i los que se atreven a escavar las huacas, lo que buscan son tesoros, no revelaciones.

Con esta minuciosa descripcion de las costumbres nacionales de los peruanos, que copiamos casi literalmente, se termina la parte que conocemos de la obra del señor Lorente.

Pero el mérito principal de la *Historia antigua del Perú*, no consiste tanto en los detalles que el señor Lorente ha agrupado con tanto arte para dar a conocer aquella singular organizacion social, sino en la sagacidad con que los juzga i en la observacion superior que se revela en cada una de sus pájinas. Él ha estudiado la civilizacion peruana considerándola en sí misma, analizándola en sus pormenores, sin formarse de antemano un cuadro sinóptico de la sociabilidad de otros paises, cuyos blancos iba a llenar con los hechos que observase en el antiguo Perú. Prescott ha reunido con un prolijo estudio de los libros i de los documentos, los datos esparcidos aquí i allá para dar a conocer esa civilizacion; pero por mas investigacion que haya empleado, no pudo penetrarse perfectamente de sus tendencias, que él bosquejaba friamente. El señor Lorente ha buscado en las tradiciones de una raza, que vive en la estagnacion desde hace muchos siglos, el carácter social i el espíritu de las instituciones i de la cultura, i la ha retratado con un colorido vivo, palpitante de animacion i sentimiento. No parece que la hubiera estudiado en los libros, sino que la conoció por sí mismo, que vivió bajo el gobierno de Viracocha o Atahualpa, que gozó de los beneficios de esa cultura, i que sufrió el despotismo de las instituciones comunistas.

Igual cosa es preciso decir sobre la historia de los incas, confundida entre fábulas absurdas i mostruosas, i envuelta en gran parte en una oscuridad casi impenetrable. El señor Lorente ha reunido todos los datos, i aplicando a ellos la mas sana crítica, ha formado, sino la historia real e incuestionable, al ménos la que está mas conforme con la razon filosófica, i la que mas acertadamente puede colejirse de los documentos i antigüedades. El mismo ha creido que no era posible esclarecer completamente la historia primitiva del Perú; i no ha tenido la pretension de pensar que habia levantado un edificio indestructible. No proceden

de otro modo los críticos eminentes que hoi rehacen en la vieja Europa las historias de Grecia i Roma sin mas antorcha que la observacion arqueolójica, la filolojía i la filosofía histórica. La historia del señor Lorente merece, bajo este aspecto, un lugar al lado de los trabajos de Niebuhr i de Grotte.

Sin embargo, ocasiones hai en que el historiador del Perú no ha querido pronunciar su juicio, dejando a cargo del lector el decidir las dudas históricas que propone. Hai puntos en que se limita simplemente a esponer opiniones conjeturales por medio de preguntas, i pasa adelante sin contestar esas cuestiones para apoyar la mas probable. Este sistema de esposicion tiene sin duda la ventaja de dejar al lector en libertad de juzgar por sí mismo; pero talvez el autor no ha debido darse por eximido de emitir su opinion, que naturalmente debe ser mas ilustrada que la de aquel que por primera vez se impone del asunto de que se trata.

Hai otro reproche que hacer al libro del señor Lorente, i es la falta de notas i referencias. En su introducion dice que ha querido huir del vicio de citaciones i críticas, para evitar el cargo de pedantismo que pudieran hacerle algunos lectores, como tambien para no separar la atencion de éstos con discusiones que, si bien enlazadas con la materia principal, disminuyen el interes de la relacion. Creo que este es un error: la historia del señor Lorente encontrará dos jéneros de lectores, uno para quien las notas son un embarazo que se salva con solo no mirar el pié de la pájina, i otro para el cual ellas son una necesidad insubsanable. Las notas no solo sirven para que el autor haga ostentacion de sus estudios, sino tambien, i este es el objeto principal, para corroborar con autoridades respetables sus asertos i opiniones, i para dejar puesto el andamio que deba servir para los que en adelante pretendan recorrer el edificio. La promesa que hace el señor Lorente de publicar al fin de su obra un tomo de crítica-histórica i bibliográfica, no satisface la curiosidad del lector que quiere instruirse, porque es probable que no pueda dar cabida en ese tomo a todas las indicaciones i referencias a que dan lugar infinitos pasajes de su historia.

I no se crea que el reclamar las notas sea emitir una sospecha de la veracidad del libro. Desde la primera pájina, i sin necesidad de nombrar autores ni de citar folios, el señor Lorente revela un estudio profundo de la historia peruana, i una seguridad poco comun en su investigacion, sin poner de su parte mas que la paciencia para estudiarla, la filosofía para juzgarla i un arte superior para esponerla. Esto último es uno de los méritos mas reales i sólidos de su obra. La distribucion maestra de las materias, la manera clara i elevada de su esposicion i hasta el lenguaje chispeante las mas veces de animacion i colorido, hacen de la primera parte de su historia un libro sumamente notable.

Sabemos que el señor Lorente ha publicado últimamente el segundo

tomo de su historia, que comprende la conquista española hasta el establecimiento del vireinato, i que la continuará hasta despues de la independencia. Cuando esté terminada, el Perú poseerá un verdadero monumento histórico, por la investigacion i por la filosofía.

INDUSTRIA MINERA. Estado actual de las minas de carbon fósil de Lota i Lotilla en la provincia de Concepcion.—Comunicacion de don Leonidas García a la Facultad de ciencias físicas en su sesion del presente mes de julio.

Tres son las capas de carbon que se han encontrado en Lota, i se han tomado a diversas distancias de la superficie, variables con la inclinacion del cerro i la de las mismas capas. Todas ellas tienen rumbo de N. 18 E. i un recuesto de 16 p.% mas o ménos bajando al O. 0 N.

La estension de ellas se encuentra limitada al Este en la superficie por el valle de Lota, en el cual aparecen, por la pendiente del cerro, de un modo irregular, en una lonjitud de mas de 2,500 varas. Al Norte, Oeste i Sur, se estienden por debajo, del mar, ganando hondura cuanto mas se internan por la inclinacion de las capas mayor que la del terreno; en esta parte aun no están bien deslindadas.

Las tres capas guardan entre sí, distancias regulares en toda su estension; la primera se halla 50 varas mas arriba que la 2.ª, i ésta 10 o 12 mas que la 3.ª

La primera se halla en medio de las capas de una arenizca desmoronadiza de un color agrisado, que los ingleses llaman *Sand-stone.* El carbon de ella es mui seco, leñoso, i se le encuentra molido i mezclado con piedra; el espesor de la capa es de tres piés; no se ha esplotado por su mala calidad ni se explota actualmente.

La segunda capa tiene tres piés i medio de espesor: se encuentra en medio de otras de pizarra arcillosa, que los ingleses llaman *Shale stone.*

La tercera tiene de 4 ½ a 5 piés de espesor: se halla entre la capa de *shale-stone* que sirve de piso a la anterior i otra de arcilla cuarzosa de color agrisado sobre que descansa. Esta, como las anteriores, se halla penetrada de hojas i restos vejetales carbonizados. El carbon de la segunda capa es de calidad un poco inferior al de la tercera; pero de una i otra, indistintamente, se estrae todo el que se esporta por Lota i Lotilla.

El espesor de la última capa de arcilla es de 57 piés; se ha reconocido ser mui refractaria, i se le emplea ventajosamente en la fabricacion de ladrillos refractarios i en la construccion i en los planes de hornos de